

LA NOCHEBUENA

Y EL PERDON

Hace ya muchos años, en un pequeño pueblo del Norte de Europa, vivió un hombre muy rico que era el dueño y señor de todos los terrenos en los que se asentaba un pequeño pueblo. Este hombre era avaro y malvado. Sus fechorías y maldades hicieron que las vidas de todos los habitantes de ese pueblo se convirtieran en una pesadilla. Los esquilma con impuestos, los castigaba de forma brutal y se aprovechaba de forma atroz y terrible de su situación, cometiendo toda clase de tropelías y atropellos sobre aquellas pobres gentes que sin cesar elevaban sus plegarias incesantemente a Dios para que les librase de semejante hombre malvado.

“Nuestros hijos son llevados a su castillo y allí son torturados, nuestras hijas son sometidas a la vergüenza por este hombre malvado que las veja una y mil veces. ¡Ayúdanos Señor!”

Cierto fue que el tirano murió un día del año muy cerca de la Navidad. Aquellas buenas gentes, viéndose libradas de él, se alegraron sobremanera y festejaron la muerte de este horrible ser que durante muchos años les había atormentado y sojuzgado.

Los días pasaron, y la vida en el pueblo era feliz y llena de luz. Pero llegó la Nochebuena de aquél año. En el pueblo todos habían preparado sus casas con adornos y viandas exquisitas propias para la celebración de tan señalada fiesta. Era Nochebuena, iba a nacer el Salvador.

Sin embargo, cuando un poco antes de llegar la media noche, y estando ya todos al calor de las chimeneas con sus tripas llenas y degustando turrónes y chocolates propios de la Navidad, comenzaron a oír unos lamentos y un arrastrar de cadenas que ponían los pelos de punta. Un espíritu salido de las sombras recorría las calles a oscuras del pueblo. Todos se apresuraron a atrancar las puertas de las casas para que esta horrible aparición no entrase a sus casas y murieran por el miedo del solo contemplarle.

-Escuchadme, soy yo, el que os atormentó en vida, el señor del Castillo. Mi espíritu vaga entre tormentos hasta que consiga que uno de vosotros me perdone. Os lo ruego, tened piedad de mí, los tormentos que sufro son, tened certeza de esto, nada en comparación con lo que yo os hice a vosotros. Os lo suplico, tened compasión de mí, solo os pido que me abráis la puerta de una casa y allí poder recibir el perdón de uno de vosotros.

La voz desgarraba el corazón por el solo hecho de oírla. El arrastrar de las cadenas y los lamentos y gemidos de dolor que las seguía, ponían los pelos de punta a quienes los escuchaban. Era tal el miedo que infundía esta voz, que muchas de esas buenas gentes se

desmallaron por el miedo y el horror que infundía tan horrible presencia en las puertas de sus hogares.

Pero aquellas gentes, mitad por miedo a tan horrible espíritu, mitad por rencor a como se había portado en vida con ellos, no abrió ninguna su hogar. Pasada la media noche, casi ya despuntando el alba del día de Navidad, la terrible voz fue alejándose entre lamentos cada vez más dolorosos y lejanos. Lo último que se oyó decir entre gritos fue: “todas las Nochebuenas volveré hasta que uno de vosotros me perdone y haga lo que es necesario para mi purificación”. Y de repente se le dejó de oír, su voz había desaparecido, era como si se hubiese producido una brecha en el tiempo y el espacio y esta se hubiera tragado la terrible aparición.

Al día siguiente era Navidad. Todos se reunieron. Todavía notaban sus cuerpos temblar y en sus oídos se repetían los espeluznantes lamentos del que decía ser el tirano que tanto les había hecho sufrir.

Y ahí quedó la cosa. No se volvió a hablar más de ello, pero al año siguiente, el mismo día de Nochebuena, la aparición volvió a surgir como de los infiernos, para atormentar con sus lamentos y súplicas a aquellas gentes que por miedo y rencor no le abrían sus hogares.

Y pasaron los años. Algunas de esas gentes llegaron a pensar que el pueblo estaba maldito y abandonando sus casas se fueron en busca de una mejor vida. Y se fueron sin perdonar al espíritu. El pasar del tiempo hizo que llegase un momento en que solo un superviviente de aquellos que escuchaban la voz del espíritu penante, pues solo oían su voz los que habitaban el pueblo mientras él estaba en vida, quedase reducido a un anciano de larga barba blanca y sedosos cabellos canos. Solo de él podría recibir el perdón el atormentado espíritu del legendario malvado señor del castillo maldito.

Y aconteció en una Nochebuena que junto al anciano se encontraba su nieto, un joven alegre y menudo, con ojos despiertos y buen corazón. Sobre la media noche, el muchacho notó que su abuelo se turbaba sobre manera. Le preguntó que le pasaba, si estaba enfermo, si había algo que le contristaba. El anciano relató a su nieto todo lo referente a aquellos lejanos años y lo que parecía ser una maldición por la aparición aquella noche del espíritu penante de aquél malvado señor.

El nieto escuchó a su abuelo y después de dejarle hablar, le dijo:

-Pero abuelito, ¿nadie perdonó a esa pobre alma que tanto sufre? ¿Por qué tú, que eres tan amable y tan buen cristiano, no lo has hecho?

-Hijito –respondió el anciano–, el mero hecho de escucharle hiela el ánimo y congela el corazón.

-Porque tienes el corazón de piedra abuelito, como todos los que le habéis hecho penar tanto tiempo sin darle vuestro perdón.

-Era un malvado, merece que nadie se acuerde de él.

Aquella noche pasó. El anciano murió aquél año. La casa de aquél anciano, el último de aquellos tiempos se cerró y todo pareció caer en el olvido. Pero unos años más tarde, un joven

apuesto, llegaba al solitario y oscuro pueblo. Traía con él un macuto en el que llevaba lo suficiente para pasar la Nochebuena teniendo como única compañía su gran perro pastor alemán que respondía al nombre de Lolo.

Llegada la media noche, la hora en que su abuelo aquella noche palideció al sonido de los lamentos de la pobre y atormentada alma, de la que ya nadie podía escuchar sus lamentos, el joven sacó de su macuto una pequeña vela roja, la encendió y comenzó a orar fervientemente. Al cabo de un rato le pareció escuchar como un lamento, un gemido de quien, o quienes habían sido atraídos hasta la casa por el lucir de la pequeña vela que había encendido por los difuntos.

Fue hasta la puerta con la intención de abrirla, estaba decidido a sobreponerse del miedo que quería hacer presa su corazón; pero su coraje y caridad se impusieron al miedo que atenazaba todo su cuerpo. Cuando abrió la puerta se quedó perplejo, sus ojos contemplaron a un buen número de espíritus que penaban y que exhalaban gemidos de ayuda y de perdón. Se quedó atónito cuando entre ellos vio a su abuelo que acercándose a él le dijo: “me encuentro así porque no supe perdonar, no supe devolver bien por mal” y alargando su brazo, señaló al espíritu, a aquél espíritu que durante toda su vida les suplicó ayuda y perdón.

Valientemente, el joven alzó la voz y conminó a todos a pasar a la casa, y aunque eran muchos, todos cupieron entre las cortas paredes de la reducida estancia.

-A partir de ahora, yo rezaré e imploraré por todos vosotros. Sufrís en justicia, pues tanto unos como otros no supisteis amar. Que amargo es el rencor, la venganza, el corazón de piedra y los oídos sordos ante el dolor y la necesidad ajenos.

Dicho esto, todos aquellos espíritus comenzaron a sollozar, sus penas y sufrimientos habían sido cubiertos y embalsamados por la caridad de aquél joven que supo amar.